

LOS SEMINARIOS Y EL PROFESORADO.

Es un hecho innegable que los Seminarios de investigación no han adquirido en nuestra Universidad la importancia y el desarrollo que les corresponde. Muchas causas han influido en ello. Las dificultades se acumulan cuando se trata de actividades nuevas y complejas que deben formarse una tradición y vencer todos los prejuicios y los obstáculos que a ellas se oponen, nacidos de las ~~de~~ mas diversas fuentes. Sería demasiado extenso enumerar y precisar cada una de las varias clases de inconvenientes que se han presentado en el trabajo de los Seminarios durante los años transcurridos desde su fundación. El objeto de estas líneas es destacar solo uno de ellos que tiene fundamental trascendencia: la falta de colaboración del cuerpo de profesores y ayudantes, colaboración que es a tal punto indispensable que sin ella puede considerarse poco menos que imposible el éxito de los trabajos de investigación.

Sería injusto atribuir esa circunstancia a un propósito hostil hacia los Seminarios: Ella nace únicamente de que los señores profesores y ayudantes o no conciben la trascendencia de este aspecto de la actividad universitaria o, si la comprenden, no están instruidos de la necesidad de su intervención y de la forma como ella puede y debe ser realizada.

En cuanto a lo primero, es decir, a la necesidad o importancia de los Seminarios para dar una instrucción eficiente y para llenar en debida forma el papel a que la Universidad está llamada, es oportuno repetir lo que fué consignado en informe al Sr. Director de la Escuela, de 9 de Marzo de 1936:

"Lejos de nuestro ánimo está exagerar la importancia de la tarea investigadora: creemos que lo primordial es contar en la Facultad con un cuerpo de profesores inteligentes y eruditos, que dicten sus cursos con gran preparación y competencia, entre la admiración entusiasta de sus oyentes. Pero, lo que puede sostenerse ^{que} ~~es~~, aun cuando lograra realizarse dicho ideal plenamente, con eso sólo la Universidad no podría considerar que ha llenado lo que hoy por hoy pide la ordenada preparación de sus alumnos y la influencia colectiva que debe ejercer en compensación de los muchos sacrificios que significa su mantenimiento.

En efecto, la actitud pasiva del estudiante que se limita a oír, en el mejor de los casos con atención, las eruditas disertaciones del profesor, no deja en él una huella realmente sólida si a esa recepción puramente negativa no añade por su parte una colaboración activa que puede manifestarse en diferentes formas. Así el alumno que no se limita a simple oyente, sino que se preocupa de redactar y completar apuntes sobre las materias tratadas en clase, los que somete en seguida al examen del profesor competente; que prepara o concurre a disertaciones extraordinarias sobre un asunto de especial interés; que confronta en el terreno práctico de la realidad que le rodea la afirmación hecha en el curso; que aporta una información original a la investigación que un sector universitario efectúa; que, en fin, desarrolla y profundiza, a través de numerosas fuentes de consulta y bajo una dirección eficiente, un asunto especializado y de verdadera importancia teórica y práctica; ese alumno recibirá en las aulas, por estos y otros medios, una verdadera formación intelectual que lo habilitará más tarde, no sólo para hacer con mayor soltura y expedición su memoria de licenciado, sino que también, en razón de la disciplina mental así obtenida, para vencer con más facilidad las numerosas dificultades del ejercicio profesional, para dar a los problemas que se le presenten una solución adecuada y propia, mejor que aquella calcada de los textos, y para convertirse en un verdadero creador en su especialidad, capaz de abrir nuevos caminos, de ampliar viejos horizontes, y de contribuir con un aporte valioso al perfeccionamiento de la ciencia.

Esto en cuanto a las ventajas que para el mismo estudiante reporta el hábito investigador. Si se consideran las conveniencias que él produce para la Universidad, ellas son tanto o más esenciales.

La Universidad no puede ser, en efecto, una institución muerta en que se conserven como momias los viejos instrumentos científicos y en la cual sus maestros se limiten a extender sin alteración alguna, sin la necesaria adaptación a los cambios de la época y del ambiente, con el dogmatismo intransigente de los postulados, las conclusiones a que llegaron los estudiosos que vivieron en otras edades y conocieron ambientes diversos. Una institución universitaria de esta especie no llena su alto cometido de conservar y renovar la cultura.

Y no cumple de este modo tampoco otra noble misión que le está reservada. La Universidad no puede convertirse en depósito infecundo del saber; debe realizar también su aporte al perfeccionamiento del medio social en que desenvuelve su actividad. Ella, claro está, no puede descender al detalle de la aplicación de las medidas que se adopten, ni pronunciarse en favor de una u otra corriente partidista, pero satisface un papel más elevado cuando señala, desde la serena altura de la cátedra, de la sala de estudios, del laboratorio, el camino seguro, la solución eficaz, el medio conducente para obtener la terminación satisfactoria de los grandes problemas que preocupan al porvenir nacional. La colectividad pide, pues, que la Universidad, además de proporcionarle técnicos sabios y honestos, contribuya de modo efectivo y valioso, al conocimiento y liquidación de las importantes cuestiones que debe resolver.

Esta vida plena, en íntimo contacto con la existencia del país, la necesita más que ninguna, nuestra Universidad. Fundada en los sacrificios de toda índole de tanta gente, ella no puede sentirse satisfecha con ejercer, en beneficio de la grande idea que la orienta, la influencia indirecta y desorganizada que producen sus alumnos repartidos en toda suerte de actividades a lo largo del país. Se requiere que nuestra Universidad Católica desempeñe, como poderoso centro intelectual, el papel que le corresponde de luminosa orientadora de las inteligencias que quieren, en el amplio árbol de la doctrina que justifica su existencia, la única e integral salvación del país".

Cuando los profesores o ayudantes de nuestra Universidad se encuentren profundamente convencidos de que la investigación juega un papel fundamental en la obra universitaria y en la propia formación del alumnado, entonces, encontrarán diversas maneras para desarrollar esta clase de actividades de las que ellos mismos serán propulsores celosos y entusiastas.

No volverá a ocurrir, por de pronto, lo que ya veces ha acontecido. Del mismo profesorado han partido muchas veces los obstáculos que se han presentado a la labor de los Seminarios ya imponiendo exigencias incompatibles con la buena realización del trabajo de investigación, ya criticando los temas que los jefes de Seminarios proponían, ya disminuyendo de varias maneras ante los alumnos la importancia y seriedad de esta clase de esfuerzos.

Entre tanto, si los profesores y ayudantes son los más convencidos de la necesidad de la investigación realizada por los alumnos, su actitud no será únicamente pasiva, limitada a no poner inconvenientes para que ella se efectúe, sino, al contrario, eminentemente activa e inspirada en el deseo de favorecerla y alentarla.

Desde luego es propio del conocimiento profundo que profesores y ayudantes tienen de sus respectivas asignaturas indicar con mejor competencia cuales son los temas de interés que sean dignos de profundizarse y que suministren materia adecuada para el trabajo de seminario. Asimismo, nadie mejor que ellos pueden proporcionar a los alumnos que están dedicados a la tarea investigadora las fuentes de consultas bibliográficas o de otro orden que sean las más apropiadas para desarrollarla con éxito.

Un profesor que concibe cabalmente lo que hemos expresado, tal vez no se limitará a eso; seguirá más de cerca la ejecución del trabajo; se interesará por el desarrollo; hará indicaciones para la mejor distribución de las materias; orientará al alumnado en la solución de los problemas; le proporcionará explicaciones que le aclaran las cuestiones complejas y le alentará su opinión sobre ellas; le facilitará los libros o informaciones que se encuentren en su poder, etc., etc.

Cuando exista un espíritu de colaboración entre el profesorado y los Seminarios, inspirado en una comprensión común de la necesidad y beneficios que éstos reportan, entonces se habrá dado un paso hacia adelante de enorme importancia, porque esta colaboración es indispensable para vencer las resistencias a que aludimos provocadas por esta clase de actividades.

Definamos al respecto que el mayor tropiezo proviene de los alumnos, de su falta de energía para triunfar de las dificultades inherentes a toda creación.

Ese tropiezo se podrá salvar cuando los alumnos comprueben en toda la Universidad - dirección, profesores, ayudantes, jefes de Seminario - el propósito común de realizar, de favorecer y de premiar los sacrificios que se impongan para cumplir con las obligaciones vigentes relacionadas con los trabajos de investigación.

Santiago, Marzo 23 de 1938.

Aljaro Sotelo